

Álvaro Matute

“Prólogo a la tercera edición”

p. 5-8

## *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*

Juan A. Ortega y Medina (selección, introducción,  
estudio y notas)

Álvaro Matute Aguirre (prólogo a la tercera edición)

Eugenia W. Meyer (notas bibliográficas y apéndice  
biobibliográfico)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

542 p.

(Serie Documental, 8)

ISBN 968-36-9071-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de marzo de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/polemicas/ensayos\\_mexicanos.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/polemicas/ensayos_mexicanos.html)

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Cuando tuve el honor de ocupar el sillón de don Juan Antonio Ortega y Medina en la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, expresé que su libro *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, que el lector tiene ahora en sus manos, había sido mi compañero de ruta en la enseñanza de la materia Historiografía de México II a lo largo de 27 años. Asimismo, tuve ocasión de rememorar el hecho de que fui privilegiado testigo del nacimiento público de ese libro en el tránsito de 1966 a 1967 en los Cursos de Invierno que organizaba la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En efecto, el doctor Ortega y Medina fue uno de los profesores que impartieron dichos cursos y el tema que entonces escogió es precisamente el que nutre este libro, que salió a la luz varios años después, en 1970. Don Juan presentó en aquellos años lo que ahora resume en los textos que preceden a los ensayos y las polémicas surgidas en el medio historiográfico mexicano entre 1824 y 1936. En esa ocasión, de viva voz, los ahí presentes escuchamos a Ortega referir lo que ofrecían sus hallazgos bibliohemerográficos en torno a Lorenzo de Zavala, la polémica entre José María Lacunza y don Justo Gómez de la Cortina, el extraordinario ensayo de Manuel Larrainzar, todo un proyecto acompañado de cronología, bibliografía y evaluación de fuentes, además de contar con un sustento teórico que se caracteriza por su solidez y amplio manejo de autoridades. También habló de la serie de artículos de don José María Vigil que alude a la “necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”, los cuales concluían con un llamado a superar el “sentimiento de inferioridad” que aquejaba a los mexicanos de entonces, con lo que Vigil se anticipaba medio siglo a Samuel Ramos, aunque sin utilizar el vocablo “complejo”, de moderna raigambre freudiana. Escuchamos también cómo se enfrentaron Guillermo Prieto, quien ya para 1890 era toda una gloria nacional, con su aguerrido nacionalismo, y el pedagogo suizo Enrique Rébsamen, en torno al problema del nacionalismo y el cosmopolitismo en la enseñanza de la historia; asimismo, cómo Porfirio Parra delineó en poco más de una página los puntos esenciales de la concepción positivista



de la historia, y cómo, de manera plena de rigor y penetración, Ricardo García Granados daba muestra de *aggiornamento* historiológico y de finura crítica en su texto magistral “El concepto científico de la historia”. Posteriormente, Ortega y Medina ilustraba acerca de cómo influyó en México el pensamiento del teórico rumano Alexandru Dimitriu Xenopol por la inferencia que daba la polémica que sostuvo don Antonio Caso, abierto al intuicionismo que lo llevaba a plantear que la historia era una ciencia *sui generis*, frente a la reacción ortodoxa positivista del ingeniero Agustín Aragón. Lamentablemente no hubo suficientes páginas para dar cabida al texto de Manuel Brioso y Candiani, él a su vez devoto seguidor del teórico rumano. Después de la polémica Caso-Aragón, el entonces curso de Ortega cerraba con un comentario a un texto de ese injustamente olvidado historiador que fue don Jesús Galindo y Villa.

El curso de ese invierno prendió en mí un interés profundo por seguir averiguando más. Me pareció muy revelador que en México se hubiera elaborado tanto pensamiento teórico sobre la historia, aunque no se tratara, claro está, de elaboraciones teóricas originales, sino del aprovechamiento de teorías generadas en otros ámbitos, pero amoldadas a la circunstancia mexicana, derivadas de una necesidad. De hecho así ha sido siempre. La originalidad surge de la conjunción de distintos pensamientos, considerados a partir de su cotejo con preguntas generadas por la circunstancia. Los textos de Larrainzar y García Granados ilustran cabalmente esta idea. Tomar de aquí y de allá, de manera congruente, siguiendo siempre una línea clara de pensamiento, que los lleve a una conclusión adecuada. Lo conseguido se vuelve algo original al convertirse en un producto final. En este sentido, además, estos trabajos recogidos por Ortega dan una buena muestra de lo que leían los historiadores mexicanos en ese lapso de más de ciento diez años.

El punto de partida es lo que entonces se recibió como una hazaña heurística de don Juan Ortega. Consistió en descubrir que Lorenzo de Zavala había plagiado un texto de M. Volney, originalmente dictado como *Leçons d'Histoire* en 1795 y que alcanzó varias ediciones, de manera que fue posible que don Lorenzo se hiciera de un ejemplar en su tránsito por París a finales de 1821 y principios de 1822, se entusiasmara con su lectura y al traducirlo olvidara colocar el nombre de su autor y, en su lugar, colocara el suyo. Ya para entonces tanto don Carlos Menéndez, don Luis Chávez Orozco y don Manuel González Ramírez habían aceptado la autoría de Zavala de dicho texto, como también lo había hecho Ortega y Medina. Y es que, en realidad, se trata de una aportación notable que abarca muchos aspectos importan-

tes de la teoría de la historia, como la distinción entre nuestra disciplina y el conocimiento del físico-químico, o la finalidad del conocimiento histórico en relación con la política. La gala heurística de Ortega se debió a que Manuel Larrainzar citaba el trabajo de Volney y ello le sonó familiar a Ortega, cotejó la cita con el texto de Zavala y ello lo envió a la búsqueda de la obrita de Volney, de la cual hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional, en una traducción al español publicada en París por la misma época en que don Lorenzo daba a conocer el trabajo en diferentes entregas de *El Águila Mexicana*, en 1824. Recuerdo que, a los pocos días de la exposición del Curso de Invierno, publicó un breve artículo en el suplemento *México en la Cultura*.

Desde que lo escuché, ya quería leer el libro, tenerlo, seguir con sumo cuidado cada una de las polémicas y los ensayos. Por fin apareció en 1970 y procedí a su reencuentro. Jorge Alberto Manrique, seguramente a sugerencia del propio Ortega, que conocía mi entusiasmo, me solicitó una reseña de la obra. Yo por entonces era redactor del programa “Los libros al día” de Radio Universidad de México, para el que ya había preparado un comentario. Al atender la solicitud de Manrique, la reseña a esta obra se convirtió en mi primera colaboración para la *Revista de la Universidad*, lo cual para un joven de entonces se convertía en enorme satisfacción.

Mi incondicionalidad con el libro, sin embargo, no me impidió señalar algunas fallas aparecidas en los apéndices biobibliográficos en los que se dan datos de los autores citados por los ensayo-polemistas mexicanos. Ahí, por ejemplo, señalaba la confusión entre unas obras de Kant, citadas en alemán, que se le adjudicaban a Marx. Ésa y otras pequeñas fallas fueron corregidas en la segunda edición.

En 1971 me incorporé a la Facultad de Filosofía y Letras como profesor. Para el segundo semestre no tuve mejor ocurrencia que utilizar el material que ofrecía el libro para que los alumnos conocieran el pensamiento historiográfico del siglo XIX de manera directa en los textos de sus creadores. A partir de su lectura, a lo largo de casi treinta años, les he practicado exámenes, les he solicitado reseñas y resúmenes, o los he invitado a discutirlos en clase. Recuerdo dos trabajos notables, ambos preparados por alumnos de prerrequisitos para ingresar a la maestría. El primero era del sociólogo Jorge Martínez Ríos, que fue un cuadro en el que resumía y comparaba los argumentos centrales de los autores; el otro era de Heriberto Moreno García, quien elaboró un extraordinario diálogo, como si fuera una mesa redonda entre los autores. Conservo, además del recuerdo de esos dos alumnos de quienes aprendí mucho, y que ya hace tiempo no están en este mundo, sus trabajos, que merecieron no sólo la mejor calificación, sino el hecho de no

ser olvidados. Martínez Ríos y Moreno aprovecharon el libro de una manera excepcional.

Como también lo manifesté en su momento, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* fue algo así como libro “padrino” de otro mío, *La teoría de la historia en México*. Ahí no hice otra cosa que prolongar la selección de materiales hacia el presente, ahora convertido en pasado, es decir, recogí textos producidos entre 1940 y 1973, que en este último año estaban vigentes. Es una grata tarea la de escribir el prólogo de un libro con el que se ha convivido tanto. Como auxiliar didáctico, sigue estando vigente; como libro que ofrece conocimientos acerca de lo que pensaban algunos historiadores mexicanos en torno a la naturaleza de su propia disciplina, será inmejorable. La pesquisa llevada a cabo en su momento por Ortega y Medina ha demostrado su vigencia. Prácticamente agotó lo que sobre el particular había producido el siglo XIX. Sobre la primera parte del XX, trata acerca de lo más significativo, no sin advertir la presencia de otros materiales que ya no le fue posible integrar, como el curioso texto de Briosio y Candiani y el breve artículo de Alberto Beteta sobre la estadística y la historia, que yo mismo recojo en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX* (México, Fondo de Cultura Económica, 1999), texto igualmente filial del de don Juan Antonio Ortega y Medina.

Bienvenida sea, pues, una nueva, necesaria, edición de este libro, fundamental para el conocimiento de la historia de la teoría de la historia en México.

ÁLVARO MATUTE